NAUFRAGIOS, DE ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA: UNA RETORICA DE LA CRONICA COLONIAL

POR

ANTONIO CARREÑO

Brown University

Ante el cronista por tierras de Indias, al servicio de «Vuestra Majestad» o de «Vuestras Altezas», surgía, en su caminar, un espectáculo (unos signos) completamente inéditos. Ni sus experiencias, ni el contorno en que se situaban habían sido previamente descritos. Paisaje, espacio, transcurso temporal, eran categorías que había de observar, fijar y describir en un nuevo contexto. Su vacilación es lingüísticamente obvia. En un primer paso, lo nuevo se ajusta textualmente a reconocidos términos lingüísticos. En una segunda fase, se traduce (lo nuevo) bajo metáforas inéditas¹. Los ejemplos son fáciles de espigar a partir del *Diario* de Colón, primer testimonio, de acuerdo con García Márquez, de la llamada «literatura mágica»². Aquí la fabulación y el mito, en conformidad con el bagaje cultural renacentista, y con las previas lecturas sobre el Lejano Oriente, dan nombre a una realidad que se asimila y se lee como texto literario. De ahí que se haya hablado de la «colonización» por el lenguaje: una constante en las letras hispanoamericanas³.

El fenómeno, por tanto, que nos ayudaría a formular una «poética» de la crónica, funcionaría en varios sentidos. Por un lado, lo nuevo,

¹ Alejandro Cioranescu, «El descubrimiento de América y el arte de la descripción», en *Colón, humanista. Estudios de humanismo atlántico* (Madrid, 1967), pp. 60-72.

² Entrevista por Luis Suárez en «La Calle» (Madrid, 1978), recogida en *García Márquez habla de García Márquez*, recopilación de Alfonso Rentería Mantilla (Bogotá, 1979), p. 196.

³ Jean Franco alude a la «imaginación colonizada», en *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la Independencia* (Barcelona, Editorial Ariel, 1975), p. 34.

imposible de identificar y clasificar, se asocia con lo ya conocido. Colón lee la novedad del Nuevo Mundo, se ha indicado repetidas veces, bajo las impresiones y mitos descritos siglos atrás por los viajes de Marco Polo; de acuerdo también con sus lecturas de *Imago Mundi* (1480), de Pierre d'Ailly, y de la *Historia Rerum Ubique Gestarum*, de Aeneas Sylvius Piccolomini (Pío II), impresa en 1477⁴. Sin embargo, la realidad de estos textos es bien diferente, y su economía expresiva⁵, con todas las agravantes que presenta el *Diario* —texto transcrito por las manos de Las Casas— es obligada en Colón⁶. El referente es siempre europeo, peninsular: «Y después junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vie tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y de mayo, y mucha agua», escribe Colón el 14 de octubre⁷. La dislocación es obvia. ¿Colón tendría en mente las frondosas huertas de Andalucía, bien conocidas por él (Sevilla, Córdoba, Granada), ricas en agua, en vez de las escasas y menos amenas en la árida Castilla? Tal asociación nos lleva, por ejemplo, al 17 de octubre.

⁴ Véase *Journals and other Documents on the Life and Voyages of Christopher Columbus* (New York, 1963), pp. 21-23; también Irving A. Leonard, *Los libros del Conquistador* (México, Fondo de Cultura Económica, 1953), pp. 36-44. Sobre la invención del término Nuevo-Mundo véase Marcel Bataillon, «L'idée de la découverte de l'Amérique chez les Espagnols du XVI^e siècle. (D'après un livre récent)», en *BHisp.*, LV, 1 (1953), pp. 23-55; Edmundo O'Gorman y Marcel Bataillon, *Dos concepciones de la tarea histórica, con motivo de la idea del descubrimiento de América* (México, 1955); del último, *La invención de América; el universalismo de la cultura de Occidente* (México, Fondo de Cultura Económica, 1958); también, Wilcomb E. Washburn, «The Meaning of 'Discovery' in the Fifteenth and Sixteenth Centuries», en *The American Historical Review*, LXXVIII, 1 (October 1962), pp. 1-21.

⁵ El padre Las Casas, al copiar los escritos de Colón en su *Historia de las Indias* (Madrid, M. Aguilar, 1927), 3 vols., observa sobre la lengua de Colón: «que no penetra del todo la significación de los vocablos de la lengua castellana, ni del modo de hablar della» (libr. I, cap. CXXXVII); o «Todas éstas son palabras formales, aunque algunas dellas no de perfecto romance castellano, como no fuese su lengua materna del Almirante» (libr. I, cap. XLVIII). Sobre la ignorancia del castellano insiste en otro lugar: «Estas son sus palabras, puesto que defectuosas cuanto a nuestro lenguaje castellano el cual no sabía bien, pero más insensiblemente dichas» (libr. I, cap. CLI). Véanse otros ejemplos en Ramón Menéndez Pidal, *La lengua de Colón*, 5.^a ed. (Madrid, Espasa-Calpe, 1968), p. 11.

⁶ Emiliano Jos, «El libro del primer viaje. Algunas ediciones recientes», en *Revista de Indias*, X (1950), pp. 719-751; Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo* (México, Fondo de Cultura Económica, 1978), pp. 26-28.

⁷ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, ed. y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui, 5.^a ed. (Madrid, 1971), p. 33. En adelante incluimos las citas del *Diario* en el texto.

«En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más fermosa de ver que otra se haya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía» (p. 39). La misma referencia la encontramos el domingo 21 de octubre: «Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí en toda la isla son todos verdes y las hierbas como en el abril en el Andalucía» (p. 43). Ya el 8 de octubre, y con anterioridad a la referencia a Castilla, se escribe: «Los aires muy dulces como en abril en Sevilla» (p. 27) ⁸.

Pero llega un momento que ante Colón se abre el vacío: no existe la equivalencia léxica que describa lo visto. Al observar las «maravillas» de la fauna, el olor de los árboles y frutas, explica: «... estoy el más penado del mundo de no los cognoscer» (p. 43). De ahí el continuo recurso a la *oppositio* para diferenciar de algo que ya conoce: «caracoles grandes, sin sabor, no como los de España» (escribe el 29 de octubre), y a la *comparatio* (analogía, símil) como término de identificación ⁹. Los árboles pasan a ser en el *Diario*: «... tan disformes de los nuestros como en mayo en España, en el Andalucía» ¹⁰. Al definir una especie

⁸ John Huxtable Elliot, en *The Old World and the New World. 1492-1650* (Cambridge, 1970) indica cómo «Columbus ... shows a times a remarkable gift for realistic observation, although at other times the idealised landscape of the European imagination interpose itself between him and the American scene» (p. 19). A esta imaginación «poética» de Colón («a keen appreciation of natural beauty») alude Cecil Jane en su «Introducción a los *Voyages* (London, 1930), pp. 11, 68, 69; Juan Pérez de Tudela, «Vision de la découverte du Nouveau Monde chez les chroniqueurs espagnols», en *La Découverte de l'Amérique* (Paris, 1968), p. 275; Juan Durán Luzio, «Hacia los orígenes de una literatura colonial», en *RI*, 89 (oct.-dic. 1974), pp. 651-658.

⁹ Quintiliano, *Inst. Orat.*, IX, ii, 100; VIII, iv, 9; Julio César Scalígero, *Poetices Libre Septem*, III, 1; Heinrich Lausberg, *Elementos de retórica literaria*, vers. de Mariano Marín Casero (Madrid, Editorial Gredos, 1975), p. 193 (núm. 391), pp. 201-204 (núms. 400-402); Lee A. Sonnino, *A Handbook to Sixteenth-Century Rhetoric* (New York, 1968), p. 44. También es útil Henri Morier, *Dictionnaire de poétique et de rhétorique* (Paris, 1961).

¹⁰ «La fórmula comparativa», señala Antonello Gerbi, «se repite después, con pocas variantes, muchísimas veces: 'las islas nuevas, incluso en los meses invernales, son floridas y fecundas como las tierras de Europa de la estación mejor'» (*La naturaleza de las Indias Nuevas*, p. 29). Ya Filson Young (*Crh. Columbus and the New World of is Discovery*, London, 1911) observa que «Columbus ... has but two methods of comparison: either a thing is like, or it is not like Spain», cita que recoge R. Iglesias, *El hombre Colón* (México, 1944), p. 34 y p. 41. Véase también Enrique Rojo, «Apostillas de un naturalista a la relación del primer viaje del Almirante de la Mar Océana», en *Cuadernos Americanos*, 6 (1945), pp. 137-148; en particular, p. 144.

nueva, animal o vegetal, la comparación es con lo familiar: «es como en Europa», «como en España», «como entre nosotros». Describiendo el tocado de ciertas indias, se indica: «como usan las dueñas en Castilla». La dislocación léxica, su doble valor ambiguo, entre un presente que lo afirma y un pasado referencial, semántico, que lo niega, se hace no menos evidente en otros cronistas. De ahí que signifiante y significado se hallen con frecuencia en agudo desacuerdo.

En una segunda fase, más familiarizado el cronista con la realidad indígena, la identifica con lo conocido, y a base de: a) equivalencias léxicas. Notemos en este sentido el paso de *almadía* al término arahuaco *canoas*; de *caudillo* a *cacique*; b) de definiciones: «*acales* llaman *ayotes*»; c) de explicaciones semánticas: «*canoas* hechas a manera de *artesa*»; «paños de *henequén*, que es como de lino»; «zanahorias que tienen sabor de castañas» (*batatas*); d) de simple reduplicación de vocabulario: «grandes señores y *caciques*»; «*caciques* y principales»; «*cues* y adoratorios»; «*jagüeyes* o pozos»; e) o de simple adopción de un vocablo como si fuera palabra tradicional: así *batata*, *cacalote*, *chía*, *hamaca*, *chimole*, ejemplos espigados en *Historia verdadera*¹¹. El mismo fenómeno lingüístico —de la semejanza a la afinidad— se presenta en Fernández de Oviedo, fray Bartolomé de las Casas, fray Bernardino de Sahagún, el Inca Garcilaso, etc. Al término castizo «había temporejado», «anduvo barloventeando» (de «venir barloando» [*Diario*, pp. 34, 51, 79]), le sucede el «americanismo» como resultado ya de un largo proceso de decantación de conceptos y nociones previas. Estas se dividen y subdividen paulatinamente en nuevos matices. Se van imponiendo y fijando ante el espíritu que a continuo las contempla y, finalmente, describe¹². Pero el proceso no es tan sólo retórico o lingüístico; es también epistemológico, campo este aún sin explotar en la «arqueología» (*épistémè*) del saber renacentista¹³. El acto de nombrar establece una serie de representaciones verbales que van de la simple articulación a la designación. Estas determinan el conocimiento de la nueva realidad. El «nombre» (el sustantivo) es término dinámico, en el mejor sentido del relato cronístico. Establece correspondencias de identidad y diferencia. Cada vocablo anuncia algo que se desconoce, e implica a su vez un deseo por conocer algo nuevo. Por ejemplo, el término *enagua*, de origen

¹¹ Manuel Alvar, *El mundo americano de Bernal Díaz del Castillo* (Santander, 1968), pp. 49-53, extractos tomados de la anterior publicación, *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo* (Madrid, 1970), pp. 7-42.

¹² Alejandro Cioranescu, *Colón humanista*, p. 67.

¹³ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, trad. Elsa Cecilia Frost (México, 1968), pp. 83-125.

caribe, se aplicó en un contexto indígena, y se hizo rápidamente popular en español con la equivalencia a *faldillas*. *Caribe* vino a ser *canibal*; *cacique* pasó a designar, como bien sabemos, una realidad diferente de la indicada en un principio. Casas de adobes, y más tarde *buhíos* (bohío) se denominan, en *Naufragios* (1542), las casuchas de los indios (XXII, 61). Los ejemplos se podrían multiplicar en otras crónicas¹⁴.

Fijémonos, y ya al caso, en la siguiente descripción, incluida en *Naufragios*: «Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y grande ruido de voces, y gran sonido de *cascabeles* y de *flautas* y *tamborinos* [énfasis nuestro] y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó»¹⁵. El instrumento castellano puebla, pues, los aires de música del sur de la Florida¹⁶. Pero la elipsis «y otros instrumentos» infiere la incapacidad verbal de expresar lo no conocido: en este caso, la tonada y el ritmo de un instrumento nunca oído. Y Bernal Díaz del Castillo, en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, describe cómo al tocar tierra en lo que llamaron la Florida, «... vieron los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran de los gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén, y que los echó por la mar adelante en ciertos navíos que habían apartado en aquella tierra»¹⁷.

Cholula, describe Bernal, parecía de lejos «en aquella sazón a nuestro Valladolid de Castilla la Vieja» (LXXIX, 158). La «muy buena loza de barro colorado y prieto e blanco de diversas pinturas» le traía el recuerdo de Talavera y Plasencia (LXXXIII, 169). El mercado de «Talelulco» (Tlatelolco) le evocaba el buen orden de su nativa Medina del Campo (XCII, 191). Al hablar del camino de Tepeaca o Guacachula, la asociación es entrañable: «porque claro está que para ir desde Tepeaca a Guacachula no habían de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos ahora en Medina del Campo y para ir a Salamanca tomar el camino por Valladolid, no es más lo uno en *comparación*

¹⁴ Rafael Lapesa, «El español en América», en *Historia de la lengua española*, 8.ª ed. (Madrid, 1980), pp. 534-557.

¹⁵ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, 5.ª ed. (Madrid, 1971), p. 15 (cap. I). Incluimos las citas de esta obra en el texto, señalando capítulo y página.

¹⁶ Sobre esta concepción arcádica véase H. Wilkins, «Arcadia in America», en *Invention of the Sonnets and Other Studies in Italian Literature* (Rome, 1959), pp. 247-294; Henri Baudet, *Paradise on Earth: Some Thoughts on European Images of Non-European Man*, trad. Elizabeth Wentholt (New Haven and London, 1965).

¹⁷ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2.ª ed. (Madrid, 1968), p. 37. Incluimos en el texto capítulo y página.

[énfasis nuestro] de lo otro, así que muy desatinado anda el coronista» (CXXXII, 392). Para Hernán Cortés («Segunda Carta Relación de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, Segura de la Frontera 30 de Octubre de 1520»), la plaza de Salamanca es continuo modelo de comparación. El mercado de «Temixtitán» (Tenochtitlán) «... es como dos veces la ciudad de Salamanca»¹⁸. «Y la ciudad», continúa Cortés, «es muy mayor que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra». Sobre la loza coincide Cortés con Bernal: era «de muchas maneras y muy buena y tal como la mejor de España»¹⁹. Idénticas comparaciones encontramos en Bernal: «... y tenía [la plaza] antes de llegar a él [alude al gran «cu»: adoratorio construido para los ídolos] ²⁰ un gran cercuito de patios, que me paresce que eran más que la plaza que hay en Salamanca» (XCII, 192). «Salvo palmitos de la manera de los de Andalucía», indica Alvar Núñez (*Naufragios*, V, 21) es el único sustento durante los muchos días de intensa caminata.

El cronista es, como vemos, prisionero de la «ecología» de su léxico²¹. La *comparatio* surge ante la incapacidad de definir nuevos signos, de acuerdo con el texto de Bernal Díaz del Castillo, incluido líneas atrás. Relaciona la palabra con sus diferencias significativas en relación con el objeto asignado. De ahí que la vacilación léxica sea obvia; no menos

¹⁸ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introd. de Mario Hernández Sánchez-Barba (México, 1963), p. 72.

¹⁹ *Cartas y documentos*, p. 15. Los casos presentes en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1955) son no menos abundantes. Véanse, por ejemplo, libros XXXIII (cap. 10); III (caps. 299, 300, 302). Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* (México, 1938) compara a los mexicanos «en saber y en policía con los venecianos» (p. 8).

²⁰ Véase sobre la evolución del término, *Biblioteca de Dialectología Hispano-americana*, IV. *El Español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*, anotaciones y estudios de Pedro Henríquez Ureña (Buenos Aires, 1938), pp. 212-213. De acuerdo con Francisco J. Santamaría, *Diccionario General de Americanismos* (México, 1942), «los primitivos *kues* mayas fueron sitios destinados al culto, túmulos en forma piramidal, levantados sobre las tumbas de los muertos y en cuyas cimas establecían los adoratorios» (I, p. 414 b). «Ku» también significa, de acuerdo con Juan Francisco Molina Solís, *Historia del Descubrimiento y Conquista de Yucatán*, 2.^a ed. (México, 1943), I, p. 239, «Dios en abstracto». Véase Manuel Alvar, *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo*, p. 63.

²¹ Edward Schafer, *The Vermilion Bird* (Berkeley, University of California Press, 1967), p. 42; David Beers Quinn, «New Geographical Horizons: Literature», en *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*, ed. Fredi Chiappelli (Los Angeles, University of California Press, 1976), II, pp. 635-658. Al nuevo «horizonte lingüístico» que se abre ante el europeo alude Carlos G. Noreña, *Studies in Spanish Renaissance Thought* (The Hague, 1975), p. 178.

la retórica. Pues si bien el eclecticismo literario tiene una rica tradición medieval y renacentista (fusión, y a la vez tajante división, entre Historia y Fábula), los procesos epistemológicos y lingüísticos surgen ante una realidad que se inventa de nuevo como lenguaje. La recurrencia, por ejemplo, al símbolo es, de este modo, obligada. Señala la disparidad analógica entre lo escrito como texto y su referente. Pero el mismo texto —su escritura— se torna en emblemática. Constata su tipología el cruce de dos mundos (un nuevo hombre; una nueva naturaleza), asumiéndose por primera vez, en la historia de la cultura de Occidente, la no coincidencia entre lenguaje y realidad. Tal diferencia viene a ser, por antonomasia, la figura clave en la elucidación retórica de las crónicas. Revela el doble significado (en parte oculto), y la subversión (tal vez irónica) de la realidad por el lenguaje. Este viene a ser una máscara de lo ausente; de lo «otro». Su escritura marca dramáticamente tal «diferencia»: la percepción de lo «otro» a través de su misma semejanza.

El proceso epistemológico, o de aprehensión de la realidad en torno, y por lo mismo del desarrollo del relato cronístico (de su retórica) presenta, pues, varias fases íntimamente encadenadas. Señalan la incorporación del Nuevo Mundo en el horizonte intelectual europeo. La *observatio* (primera fase) surge ante lo nunca visto (asombro) como naturaleza; inédito como texto. La *descriptio* (segunda fase) fija, vacilando de signos, la realidad como escritura. A través de la *comprehensio* (tercera fase), y de la *definitio*, se adopta y formula lo observado en un contexto ya cercano al del indígena. A través de la *permutatio* (Quint., *Inst. Orat.*, IX, iii) se intercambian, en la pluralidad confusa de signos (una verdadera «rotación») las nuevas referencias culturales. La adopción de americanismos, de las lenguas aborígenes (recuérdese el caso de Sahagún escribiendo en Nahuatl; fray Ramón Pané describiendo los mitos tahínos)²² nos confirman esta última fase²³. Marca el *pathos* de la escritura del cronista: su entusiasmo ante la novedad de la flora antillana; no menos su angustia ante la incapacidad de definir cada especie. En el *Diario* de Colón observamos cómo, en ocasiones, la naturaleza no es radicalmente distinta de la de España; cómo finalmente se le semeja. Más tarde es igual, e incluso más hermosa: «es como de Castilla» (27 de noviembre); «y cuasi semejables a las tierras de Castilla» (9 de diciembre).

²² Fray Ramón Pané, *Relación acerca de las antigüedades de los indios. El primer tratado escrito en América*. Nueva versión con notas y apéndices de José Juan Arróm (México, 1974), pp. 1-19.

²³ J. H. Elliot, *The Old World and the New World*, pp. 17-18.

Pero ya fuera del contexto lingüístico, la *descriptio* renacentista (Quint., *Inst. Orat.*, IX, ii, 44) con frecuencia se valía del *tópoi*. De este modo se describía la belleza de las amadas (*Elisa, Filis, Amarilis, Laura*), o lo paradisiaco del *locus amoenus*. Realza tal figura el objeto mínimo e intrascendente: lo inmediato, observable y anecdótico, material presente a menudo en el «Memorial» y en la «Carta de relación». Pero el punto de referencia era siempre personal. El «yo» narrativo coincidía, en la mayoría de los casos, con el del protagonista. Ambos (uno en el espacio del texto: el «yo» testigo; otro en el temporal y geográfico: el «yo» protagonista) presidían no tan sólo el gran hecho; también el circunstancial y menos significativo. La *observatio* venía a ser, por tanto, «principio» y génesis en la conformación retórica del género cronístico. El «yo» se instalaba a lo largo del texto, y al igual que el pícaro, el héroe de la Crónica (su contrafigura) daba cuenta, con los ojos llenos de asombro, de lo que veía. Su «yo» acortaba así la distancia entre realidad vista o imaginada, y entre la lengua que la nombraba y definía. Garantizaba el «yo» la «autenticidad» de lo narrado.

En las primeras páginas de *Naufragios* (titulados *Relación de lo acontecido en Indias*) el «yo» viene a ser testimonio del relato que escribe en su doble función de narrador y personaje: «y que yo, para más seguridad, fuese con él»; «yo quedé en la mar con los pilotos»; «me pareció que no sería fuera del propósito y fin con que yo quise escribir este camino»; «que aunque yo di licencia...»; «... yo me escusé»; «yo di la misma respuesta»; «yo determiné ir a la villa» (*Naufragios*, I, 14). Pero no menos obvia es esta exaltación personal en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo:

... y entre los fuertes conquistadores, mis compañeros, los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo, y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, y una hija para casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros para criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para representalle cosas cumplideras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas (CCX).

La forma narrativa pide, es sabido, una segunda o tercera persona que, conscientemente, se sitúe fuera de los hechos que se relatan. Solamente tal actitud podría hacer posible y diferenciar, de acuerdo con la

Poética de Aristóteles (IX, 1451 a-b) la poesía de la historia²⁴. Versa la primera sobre lo universal; la segunda sobre lo particular y concreto. Sin embargo, esta saturación constante del «yo» (tanto en *Naufragios* como en *Historia verdadera*), de la relatividad que conlleva su punto de vista, desplaza el relato cronístico de la objetividad que caracteriza a la historia²⁵. De ahí que Cervantes ponga en boca del cronista árabe Cide Hamete Benengeli (téngase en cuenta la ironía implícita: los cronistas árabes tenían fama de embusteros) su relato para participar, de este modo, de la verosimilitud de la historia²⁶. En este sentido, la vacilación del relato cronístico es obvia. Participa, por un lado, del relativo punto de vista del «yo» narrador, común al género picaresco; pero también de la descripción objetiva de la Historia y géneros menores: Crónica, Memorial, Carta de relación. A éstos alude repetidas veces Bernal, insistiendo en los capítulos finales: «... hobo otros muchos esforzados y valerosos compañeros» (CCVII, 601). Y continúa: «y todos me tenían a mí en reputación de buen soldado. Y volviendo a mi materia, miren los curiosos lectores con atención esta mi *relación* [énfasis nuestro] y verán en cuántas batallas y reencuentros de guerra [retórica aquí del *Memorial*] me he hallado desde que vine a descubrir». A los «nuestros muchos y buenos y notables servicios que hecimos al rey nuestro señor y a toda la cristiandad», alude líneas atrás.

El polisíndeton, la acumulación gradual de hechos, la mediación de la *memoria*, como la relación hiperbólica (se busca con frecuencia una remuneración equivalente a la recibida por otros caballeros), y el discurso directo, asocian la historia escrita con la carta de relación. Su retórica conforma numerosas crónicas renacentistas: desde los escritos del doctor Francisco López de Villalobos (véanse sus «cartas-coloquios») y Luis Zapata, a Francesillo de Zúñiga y Antonio de Guevara en su *Epistolario*²⁷. Pues no tan sólo presentan éstos breves miniaturas nove-

²⁴ Véase sobre estas distinciones, aplicadas concretamente al Renacimiento, a William Nelson, «The Difference between Fiction and History», en *Fact and Fiction. The Dilemma of the Renaissance Storyteller* (Cambridge, Harvard University Press, 1973), pp. 38-55; también Frank Kermode, «Novel, History and Type», en *Novel*, 1 (1967-68), pp. 231-238; Warner Berthoff, «Fiction, History, Myth: Notes toward the Discrimination of Narrative Form», en *Harvard English Studies*, I (1970), pp. 263-287.

²⁵ Claudio Guillén, *Literature as System. Essays toward the Theory of Literary History* (Princeton, Princeton University Press, 1971), pp. 156-157.

²⁶ Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, trad. Carlos Sahagún (Madrid, Taurus, 1966), pp. 323-334; G. L. Stagg, «El sabio Cide Hamete Venengeli», en *BHS.*, XXXIII (1956), pp. 218-225.

²⁷ Américo Castro, «Antonio de Guevara: un hombre y un estilo del s. XVI»,

lísticas; vacilan sobre todo entre el relato en primera persona, la forma epistolar, el discurso autobiográfico, y el relato de hechos. Esta incidencia con la «Retórica» del cronista, quien escribe allende el mar, está sin estudiar. En dichos textos el narrador es, como ya indicamos, a la vez protagonista (objeto de lo narrado y sujeto de la narración), quien no constata tan sólo lo que ve (*adtestatio rei visae*) y escribe. Narrador y protagonista (Armas y Letras) coinciden en un mismo nivel de relación. La experiencia del primero, como testigo y protagonista, asegura la veracidad del segundo. De este modo, los cronistas de América, como sus predecesores, los historiadores florentinos²⁸, ayudan no menos a la formación polimórfica del género novelesco.

Ya la autoridad de los modelos clásicos, desde Cicerón (*De Oratore*, *Orator*) y Quintiliano (*Inst. Orat.*), al igual que el tan seguido consejo de la *imitatio*, formaban los principios básicos de la escritura renacentista²⁹. Recuérdese a Garcilaso leyendo a través de su lírica el *Canzoniere* de Petrarca, la *Arcadia* de Sannazaro³⁰. La posibilidad de «imitar» sin «un modelo» establecido (los clásicos griegos y latinos) resultaba arriesgado. Bien se lo indicaba Marco Antonio Flaminio a Luigi Calmo: «Se adunque l'artificio del scrivere consiste commamente nella imitatione, como nel vero consiste, è necessario che, volendo far profitto, habbiamo maestri eccellentissimi... Colore che... ci propóngono le compositioni di proprio ingegno ci ponno fare grandissimo danno»³¹. «Pero la imitación», explica Alejandro Cioranescu, «sólo puede tener un papel reducido y relativamente sin importancia en la descripción hecha por la primera vez de objetos que nadie había conocido o representado anteriormente»³². Obviamente, la imitación no es posible donde falta el modelo. La recurrencia será, en este caso, al género narrativo en vigor. De ahí,

en *Semblanzas y estudios españoles* (Princeton, N. J., 1956), pp. 53-72; *Hacia Cervantes* (Madrid, 1957), pp. 59-81; Francisco Márquez Villanueva, «Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada», en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI* (Madrid, 1968), pp. 15-66.

²⁸ Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, pp. 187-199.

²⁹ Véase sobre dicho concepto H. Gmelin, *Das Prinzip der Imitatio in den romanischen Literaturen der Renaissance* (Erlangen, 1932); y en general Bernard Weinberg, *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance* (Chicago, 1961), II, pp. 715-813.

³⁰ Rafael Lapesa, *La trayectoria poética de Garcilaso*, 2.^a ed. corregida (Madrid, 1968), pp. 73-99; Vittore Bocchetta, *Sannazaro en Garcilaso* (Madrid, Editorial Gredos, 1976).

³¹ Véase Fernando Lázaro Carreter, «Imitación compuesta y diseño retórico en la Oda a Juan de Grial», en *Anuario de Estudios Filológicos*, Universidad de Extremadura, I (1979), pp. 94-95.

³² Alejandro Cioranescu, *Colón humanista*, pp. 60-61.

por ejemplo, que la secuencia de relatos novelescos cunda en las Crónicas³³. Inútiles resultaron en este sentido los esfuerzos de Luis Zapata en separar, en la dedicatoria a su *Carlo famoso* (Venecia, 1561), la historia de la ficción, señalando con asteriscos los episodios ficticios. Intentaba evitar así, si bien fútilmente, confusiones en el lector.

Largo es el camino que Alvar Núñez recorre —la metáfora «naufragios» es apropiada en varios niveles— desde la costa de la Florida, en el Golfo de México (Este) hasta la ciudad del imperio azteca (Oeste)³⁴. Ocho años (1528-1536) dura el recorrido. El autor y sus compañeros pasan de la sumisión y cautiverio —antihéroes de la Crónica— a la esclavitud, hambre, antropofagia, muertes continuas. De cuatrocientos hombres con que se inicia la expedición, tan sólo sobreviven cuatro: Alvar Núñez (natural de Jerez de la Frontera), Alonso de Castillo Maldonado (oriundo de Salamanca), Andrés Dorantes (nacido en Béjar) y el negro Estebanico (procedente de Azamor, Marruecos) (XXXVIII, 97). El texto es rico tanto en noticias etnográficas como antropológicas. Las calamidades se anuncian con continuos presagios atmosféricos: con tormentas y músicas a media noche (I, 15-16).

³³ El desprecio de los preceptistas españoles por la «novela» se extiende hasta bien entrados en el siglo XIX. Para Alonso López Pinciano la novela es «una derivación de la épica, que se diferencia de la epopeya tradicional por estar fundada en pura ficción, y cuyo modelo arquetípico se encuentra en la novela bizantina de Heliodoro y Aquiles Tacio». El mismo Vives condena la literatura de entretenimiento y, sobre todo, los libros de caballerías, por inmorales y mentirosos. Para el Cura del *Quijote* (I, xxxii) los libros de caballerías son «mentirosos y están llenos de disparates y devaneos». Véase Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, nueva ed. ampliada (Barcelona-Madrid, 1973), p. 60, nota 20; Armando Durán, «Teoría y práctica de la novela en España durante el Siglo de Oro», en *Teoría sobre la novela*, ed. Santos Sanz Villanueva y Carlos J. Barbachana (Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1976), pp. 55-91.

³⁴ David Lagmanovich, «Los Naufragios de Alvar Núñez como construcción narrativa», en *KRO.*, XXV (1978), pp. 27-37. Enrique Anderson Imbert indica al respecto: «Cabeza de Vaca sabe contar. Centra su relato en el 'yo', y sin perder de vista al lector (es uno de los cronistas que escribe para el lector) va evocando sus aventuras en un estilo rápido, rico en detalles reveladores, emocionante, fluido como una conversación y, sin embargo, de dignidad literaria». Véase en *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2.^a ed. (México, 1970), I, p. 40. Véase sobre el mismo libro Cleve Hallenbeck, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca; The Journey and Route of the First European to cross the Continent of North America, 1534-1536* (Glendale, California, 1940); Cyclone Covey, *Cabeza de Vaca's Adventures in the Unknown Interior of America* (New York, 1961); también Luisa Pranzetti, «El naufragio como metáfora (a proposito delle relazioni di Cabeza de Vaca)», en *Letterature d'America*, I (1980).

Más al caso viene el relato de la «Mala Cosa» (XXII, 61-62), y la profecía de la mora de Hornachos, incluida en el capítulo final. Contiene, ya antes de partir Alvar Núñez en su expedición camino de las Indias, parte de los acontecimientos que suceden posteriormente: «lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo había a nosotros dicho, y nos había sucedido todo el viaje de la misma manera que ella nos había dicho» (p. 96). La «Mala Cosa» es un ser misterioso, diabólico:

y luego, aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas; y que cortaba de una tripa poco más o menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíánnos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él quería, tomaba el buhío o casa y subía la en alto, y dende a un poco caía con ella y daba muy gran golpe (página 61).

Concluye Núñez: «De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creíamos, trujeron muchos de aquellos que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban». Pero no menos sorprendente son los acontecimientos y costumbres relatados en la isla de «Mal Hado» (XV, 4-48; XXIV, 65-66).

Abundan también los relatos novelescos en otras crónicas. Recordemos el uso de Romancero en *Historia verdadera*: «Cata Francia, Montesinos; / cata París, la ciudad; / cata las aguas del Duero / do van a dar a la mar» (XXXVI, 83)³⁵; las alusiones a los libros de caballería (*Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra*)³⁶; los relatos en torno Gon-

³⁵ Ramón Menéndez Pidal, *Los romances en América, y otros estudios*, 2.^a ed. (Buenos Aires, 1941), pp. 9-10; Carmelo Sáenz de Santamaría, S. J., *Introducción Crítica a la «Historia Verdadera» de Bernal Díaz del Castillo* (Madrid, 1967), páginas 119-121. Para otros casos, en Cortés, véase W. Reynolds, *Romancero de Hernán Cortés* (Madrid, 1967), pp. 25-26.

³⁶ Stephan Gilman, «Bernal Díaz del Castillo and 'Amadís de Gaula'», en *Homenaje a Dámaso Alonso* (Madrid, 1961), II, pp. 99-113; Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, pp. 36-44; Mario Hernández Sánchez Barba, «La influencia de los libros de caballerías sobre el Conquistador», en *Revista de Estudios Americanos*, XIX (1960), pp. 235-256.

zalo Herrero (XXVII, 66-67) y Doña Marina (LXXVII). La enunciación elíptica en varios de los capítulos finales: «Y quiero dejar de meter más la péndola en esto» (CCVII, 601), o «... porque si más en ello meto la pluma, me será muy odiosa (la plática) de personas envidiosas» (CCX, 606-607) implica la represión de la *amplificatio*, en riesgo de la novelización. La «memoria» y la «reminiscencia» (se recuerda o añora hechos pasados) acondiciona la redacción de estos textos: «He traído aquí esto a la memoria» (CCII, 60) escribe Bernal Díaz del Castillo (CCII, 60); también la asociación entre el espacio y el tiempo en que sucedió lo descrito. Lo que justifica la presencia de elementos visuales, auditivos, sensoriales³⁷.

Los ejemplos abundan en otras crónicas. Conocido es el relato del «cacique y señor» llamado Enriquillo, que incluye Las Casas en su *Historia de las Indias* (libr. III, caps. CXXV-VII)³⁸. Su inclusión dará lugar, dentro del contexto histórico, a dimensiones míticas. Se trasciende como acto ejemplar. Lo que justifica su recobro, ya entrados en el siglo XIX, como mito. No menos interesante, y situados ahora en Puerto Rico, es el relato de Las Casas sobre el perro «Becerrillo»³⁹. «Y cosas, se dice, que hacía maravillas», escribe en el libro II (cap. LV) de su *Historia*. No menos ha destacado la crítica los relatos novelescos incluidos en *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso: «El Inca Lloro Sangre y el Príncipe Viracocha», «Don Rodrigo Niño y los galeotes del Perú», «El naufragio de Pedro Serrano»⁴⁰; el idilio pastoril «Ficción y suceso de un pastor,

³⁷ José Antonio Barbón Rodríguez, «Sobre el 'estilo directo' en la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz del Castillo», en *Libro-Homenaje a Antonio Pérez Gómez* (Cieza, 1978), publicación que no nos ha sido posible consultar. Del mismo, véase «Bernal Díaz del Castillo, "¿idiota y sin letras?"», en *Studia Hispanica in Honorem Rafael Lapesa* (Madrid, Gredos, 1974), II, pp. 89-104; véase también Luis Rublío, *Estética de la «Historia Verdadera» de Bernal Díaz del Castillo* (Universidad Autónoma de Hidalgo, Pachuca, 1969).

³⁸ Véase nuestro artículo «Una guerra *sine dolo et fraude*. El padre Las Casas y la lucha por la dignidad del indio en el siglo XVI», en *Cuadernos Americanos*, XXXIII, 2 (marzo-abril 1974), pp. 137-138, nota 56. Sobre el relato *Enriquillo* de Galván, véase Enrique Anderson Imbert, *Crítica interna* (Madrid, Taurus, 1961), pp. 57-72.

³⁹ Véase José Juan Arróm, «Becerrillo: comentarios a un pasaje del padre Las Casas», en *Libro Homenaje a Luis Alberto Sánchez* (Lima, 1967), pp. 41-44.

⁴⁰ Los episodios están incluidos en *Primera parte* de los *Comentarios Reales*, libr. IV, caps. XVI, XX-XXIV; libr. V, caps. XVII-XXIII; *Segunda parte*, libr. VI, caps. VIII-IX; *Primera parte*, libr. I, caps. VII-VIII, respectivamente. Véase al respecto Angel Rosenblat, «Tres episodios del Inca Garcilaso», en *La primera visión de América y otros estudios* (Caracas, 1965), pp. 219-245; Pedro Henríquez Ureña, «Apuntaciones sobre la novela en América», en *Humanidades*,

Acoytapia, con Chuquillanto, hija del Sol», que incluye fray Martín de Murúa (o Morúa) en su *Historia General del Perú; Origen y Descendencia de los Incas*⁴¹. Esta acumulación de relatos que caracterizaríamos como «novelescos» cunde, como vemos, en las Crónicas, aquende o allende el mar.

En este sentido, y volviendo a nuestro punto inicial, el género de *Naufragios* (relato de un viaje que se hace en este caso al revés: del salvajismo a la civilización) es no menos híbrido, en tensión constante entre la «Retórica» de la Historia y de la Novela: entre lo ficticio («Mala Cosa»), lo enigmático y profético («Mora de Hornachos»). Por lo que en este sentido el relato cronístico se opondría, de acuerdo con las secuencias cronológicas, personales, y sucesivas que lo hilan («viaje») al novelesco. Pero el punto de vista de la «primera persona» deja en el vacío su posible carácter documental.

La metáfora del viaje —en el espacio, en el tiempo— es clave en la Crónica; también en otro género aparentemente opuesto: la novela picaresca. Pero la picaresca, se ha dicho, es la crónica del pauperismo; la Crónica, el órgano oficial del poder: religioso y cultural. La picaresca denuncia; la Crónica exalta, idealiza. Anuncia y describe ésta la gran llegada, el espacio habitado (topografía, fauna, flora), o por habitar. Arcadia y Utopía se entrecruzan con frecuencia en su diseño. El protagonista de la Picaresca es singular; plural (con frecuencia) el de la Crónica. Vive el primero en radical desacuerdo con su entorno; no menos consigo mismo. El segundo se vale de la escritura (Cortés, *Cartas de relación*; Bernal Díaz, *Historia verdadera*) para reafirmar sus hechos y jerarquías: honor, fama, riqueza, valor. El *curriculum* del pícaro es circular; la deshonra final confirma el determinismo de su nacimiento, medio y conducta. El del Cronista es, por el contrario, una brillante «hoja de servicios» donde se apuntan, meticulosamente, las vicisitudes sufridas. Estas justifican la gloria merecida. De ahí que oro (*auri sacra fames*), fama (retórica del memorial), el poder como dominio y voluntad, determinen el proceso textual del Cronista; el servilismo y la dependencia («pobreza») al héroe de la picaresca. Aquél escribe para probar méritos y servicios; éste para afirmar su propio origen.

La Plata, XV (1927), pp. 133-146; Roberto Esquinazi-Mayo, «Raíces de la novela hispanoamericana», en *Studio di letteratura Ispano-Americana*, 2 (1969), pp. 115-120.

⁴¹ José Juan Arróm, «Precursores coloniales del cuento hispanoamericano; fray Martín de Murúa o el idilio indianista», en *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, dirección y prólogo de Enrique Pupo-Walker (Madrid, 1973), pp. 24-36. Citamos el texto de Murúa de acuerdo con la edición de Manuel Ballesteros Gai-brois (Madrid, 1962), II, pp. 17-25.

Y si bien ambos discursos se mueven pendientes de lo circunstancial, e improvisan en el andar sus itinerarios, el primero será para realzar (Crónica) la figura del héroe; el segundo para convertirlo (Picaresca) en antihéroe de sí mismo. Ambos, sin embargo, se presentan como narradores fidedignos. Acoplan el relato al medio ecológico que los mueven. Pero la conversión del héroe de *Naufragios* al mundo indígena es transitoria; definitiva la del pícaro. En la Crónica tenemos un «yo» testigo que pasa a ser, por impulso propio o ajeno, protagonista. En la picaresca, por el contrario, el «yo» narrativo (*Lazarus*) es ficticio. El autor se independiza del narrador; y éste de su personaje⁴². Pero en ambos relatos, el elemento autobiográfico (el «yo» dual) está al servicio de un ideal verista. Este abarca géneros y escritores diversos. La Crónica, finalmente, narra el acontecer de una persona (singular o plural); en la novela, según palabras de Américo Castro, «la persona que se encuentra existiendo en lo que acontece»⁴³. En la Crónica, el protagonista mueve los hechos; por el contrario, en la Novela, el protagonista es resultado, finalidad.

Pero no sucede así con las «estrategias formales» de ambos relatos. Tanto la fragmentación espacial como la temporal caracterizan al relato episódico («en sarta»): Crónica, Relación, Memorial⁴⁴; también al relato picaresco. El protagonista de éste, situado en el presente de lo que se escribe (*Lazarillo*, *Guzmán de Alfarache*, por nombrar los basamentos del género) se dobla como narrador, y recorre con el lector un tiempo narrativo como experiencia personal; también como sucesión cronológica. Su perspectiva se hace sustantiva al discurso narrativo que el «yo» (así se ha definido la «poética» del género), desde un «aquí» y un «ahora» (el texto) formula. Conforman el principio del relato y lo enuncia: «que a mí llaman Lázaro de Tormes» (*Lazarillo*); «Yo, señor, soy de Segovia» (*El Buscón*), e incluso «A mí llaman Rodrigo de Narváez» (*El Abencerraje*).

⁴² Félix Martínez Bonati, *La estructura de la obra literaria*, 2.^a ed. (Barcelona, Seix Barral, 1972), pp. 127-137; 150-176. Incide sobre el mismo tema en «Lectura y Crítica», en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, I, núm. 2 (Invierno 1977), pp. 209-216.

⁴³ Américo Castro, *De la edad conflictiva* (Madrid, Taurus Ediciones, 1961), p. 225.

⁴⁴ Abundantes son los giros memorialistas presentes en la *Historia verdadera*: «como declarado tengo», «como otras veces he declarado», etc. Los mismos títulos de los capítulos recuerdan el interrogatorio de las «privanzas de mérito y servicio». Por ejemplo, las expresiones «de los grandes trabajos que tuvimos», «de las guerras que nos dieron los naturales» aluden a la retórica de este género. Su función literaria en la *Historia verdadera* está por estudiar.

La formulación de este «yo» es, a su vez, fraccional: fijo como «autor», pero diferente como personaje. Las diferentes fases en que el narrador va situando a su personaje (de nuevo, en el espacio y en el tiempo) acondicionan tal dualidad. Y las mismas peculiaridades formales caracterizan a varios relatos cronísticos. Fijémonos, por un momento, en la *Historia verdadera*. Se funden en este relato narrador y personaje. El primero, desde la estancia de la vejez (el «ahora» del autor), y a base de una gran memoria gráfica (así, por ejemplo, en *La vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel)⁴⁵ se dobla como personaje para escribir una «crónica» como refutación a la *Historia de las Indias y la Conquista de México* (1552) de Francisco López de Gómara, a la de Gonzalo de Illescas (CCX, 608), y al silencio que sobre Bernal pasa Cortés en sus *Cartas de relación*⁴⁶. Y si bien la dualidad entre narrador y protagonista está implícita, el primero cumple, formalmente, la misma función que en el relato picaresco. Se opone, sin embargo, al estado final: en éste, de deshonor. La Crónica participa así: a) del relato *ab initii incipiendum* (Quint., *Inst. Orat.*, VII) al modo de la historia de Pero Mexía (*Historia del Emperador Carlos V*); b) del relato autobiográfico, tal como se caracterizan las *Epístolas familiares* de A. de Guevara (RAE, I, 1950 [pp. 174-75]) y la picaresca; c) de la relación típicamente ficticia (novela de caballerías, morisca, etc.).

Volvamos, finalmente, a *Naufragios* para resumir: a) que la sobrevivencia (el hambre es obsesiva) definen a este relato como anticrónica (la picaresca es, en cierto modo, antinovela); b) que se realza como documento fidedigno (relato en «primera persona»), oponiéndose a «novela» en la acepción renacentista del término; c) que, y al igual que la novela picaresca, la metáfora de un viaje, si bien a la inversa, es básica

⁴⁵ Se ha discutido la inclusión o rechazo de esta obra dentro del género picaresco. Maurice Molho la considera formando parte de la «dissolution du genre picaresque». Véase de éste *Romances Picaresques Espagnoles* (Paris, 1968), páginas CXIII-CXIV. Alberto del Monte afirma que el *Obregón* no pertenece al género picaresco, y que constituye más bien una novela de aventuras, en *Itinerario de la novela picaresca española* (Barcelona, 1971), p. 108.

⁴⁶ Aludiendo a las técnicas de otros cronistas (Cortés, Gómara), quienes escriben sus «prólogos» y «preámbulos» con razones y retóricas muy «subidas», opone Bernal el ser testigo *in situ* de los hechos; el escribir muy llanamente, sin torcer «una parte ni otra». En otro lugar, refiriéndose a las historias que le preceden (obviamente bien leídas por Bernal) indica ser verdad que con sus mentiras placen mucho a los oyentes «que leen sus historias»; y que los verdaderos conquistadores y «curiosos lectores», que saben lo que pasó claramente, «les dirán que si todo lo que escriben de otras historias va como lo de la Nueva España, irá todo errado» (*Verdadera Historia*, XVIII). Véase José A. Barbón, *Bernal Díaz del Castillo* (Buenos Aires, 1968), p. 22.

en *Naufragios*: del Oriente (La Florida) al Occidente (México); *d*) que en ambos géneros se presenta el relato de una iniciación, de una conversión y de un proceso radical de cambios y ajustamientos. La imposición de algo ajeno (se pasa a ser «el otro») es metáfora clave. Y esta vivencia a caballo entre dos culturas caracteriza no menos a la *Historia verdadera* y a *Naufragios* como a otras crónicas posteriores: el *Cautiverio feliz*, pongamos por caso, de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. En este relato, Pichi Alvaro (cautivo y defensor de los indios) coincide con el capitán Francisco Núñez, crítico éste de los malos gobiernos y costumbres. Alvar Núñez y sus compañeros terminan convirtiéndose en indios; *e*) que *Naufragios* se ajusta a una prefiguración: la profecía de la mora de Hornachos. Incluida al final de la narración, se torna en lo que fue la misma narración, completada así ésta de manera circular. Al determinismo de la voz profética que prefigura la escritura le corresponde el socio-cultural que transforma al héroe de la picaresca; *f*) y al igual que dicho género, la narración se dicta a la manera autobiográfica. El narrador se dobla como personaje y evoluciona a la par, limitado por el marco de los acontecimientos. Es muy distinto el Bernal de los primeros capítulos de la *Historia verdadera* (narrador) del de los finales, ya visto como personaje de su propio relato. A partir del 14 de octubre de 1492, la ficcionalización y la fábula van emergiendo, paulatinamente, en el *Diario* de Colón.

Sin embargo, es el proceso espacio-temporal el que determina los acontecimientos de ambos relatos. La memoria (*memoria mandare*) y la reminiscencia, ya anotadas, vienen a ser la experiencia descrita: ésta, el texto. Por lo que las primeras crónicas adelantan varios elementos básicos a la retórica del género picaresco. Se sitúan ambas (o simulan situarse) en las fronteras de la historia y de la ficción: realidad vivida (historia) y fabulada (literatura). Participan ambos géneros de comunes estructuras formales, y de las vacilaciones que caracterizan a los primeros narradores ya en América: desde el léxico a la dinámica relación biográfica entre autor, personaje y narrador.

Vimos cómo, pese a la objetividad realista que confiere el cronista a su relato, con frecuencia lo fabuloso se mueve en el mismo plano que lo histórico; y la experiencia vivida, autobiográfica, se asocia con lo ficticio⁴⁷. En el *Quijote* se darán la mano ambas retóricas (realismo, idea-

⁴⁷ Fernando Lázaro Carreter, «*Lazarillo de Tormes*» en *la Picaresca* (Barcelona, 1972), pp. 50-57.

lismo), marcando uno de sus antecedentes (entre muchos) la poética de la picaresca y la de la Crónica. Asociará Cervantes, paródicamente, las aventuras del Caballero andante (imagen aquél del mejor cronista; detrás de él, Cide Hamete Benengeli) al modo elocuente del *Amadís* y *Lancelot*; también presentadas a través de episodios en sarta y a través de numerosos capítulos. E intercala, al igual que la Crónica, episodios novelescos (las novelas interpoladas de la «Primera Parte») ajenos con frecuencia a la acción principal. Pero el hecho de organizar el material histórico con retazos novelescos caracteriza no menos a otras crónicas posteriores. Tengamos en cuenta los *Quinquenarios* e *Historia de las Guerras Civiles del Perú* (1590-1600) de Pedro Gutiérrez de Santa Clara⁴⁸, el ya mencionado *Cautiverio feliz*⁴⁹, los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) de Carlos Sigüenza y Góngora. Otra clave en la conjunción de Crónica, Historia y Novela sería *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle⁵⁰, Continúa y asegura la retórica del género, híbrido en motivos, materia y técnicas narrativas. Y viene a ser paradigma ejemplar de esa «vacilación» que enmarcó al cronista, cara a dos mundos, y en obvio desajuste entre los viejos modelos expresivos y la nueva realidad que se describe. Presencia *El Carnero* no sólo la emergencia y maduración de la novela del siglo XVII; también sus técnicas narrativas más características. Con *Don Quijote* maduran genialmente tales brotes. Pero esto es ya historia de otro cantar.

⁴⁸ Marcel Bataillon, «Gutiérrez de Santa Clara, escritor mexicano», en *NRFH.*, XV, 3-4 (1961), pp. 405-440.

⁴⁹ Raquel Chang-Rodríguez, «El propósito del '*Cautiverio feliz*' y la crítica», en *CHisp.*, 297 (1975), pp. 657-663; Luis Leal, «El *Cautiverio feliz* y la crónica novelesca», en *Prosa Hispanoamericana Virreinal* (ed. Raquel Chang-Rodríguez [Barcelona, Borrás Ediciones, 1978], pp. 113-140) indica: «es nuestra opinión que la crónica barroca hispanoamericana se distingue por otra tendencia estructural técnica, la de crear un doble punto de vista desde donde se interpretan, por un lado, los acontecimientos históricos, las referencias eruditas, y los enjuiciamientos políticos, y por otro la aventura personal: el primero es objetivo, como el del historiador, y el segundo subjetivo, como el del novelista» (p. 133). Véase también José Toribio Medina, *Historia de la literatura colonial de Chile* (Santiago, 1978), II, p. 334; Mariano Latorre, *La literatura de Chile* (Buenos Aires, 1941), p. 52; Hugo Montes y Julio Orlandi, *Historia de la literatura chilena*, 1.ª edición (Santiago, 1974), pp. 45-50.

⁵⁰ Susan Herman, «The conquista y descubrimiento del nuevo reino de Granada. Otherwise known as *El Carnero*: The Crónica, the Historia, and the Novela», Ph. D. Dissertation, Yale University, 1979; Sylvia Benso, «La técnica narrativa de Juan Rodríguez Freyle», en *Thesaurus*, XXXII (1977), pp. 95-165.